

R. ALBERCA LORENTE *

«In Memoriam»

Prof. B. RODRÍGUEZ ARIAS

(Barcelona)

SIGNIFICA para mí un positivo esfuerzo y una gran congoja bosquejar la necrología del maestro y del colega Román Alberca Lorente.

Ha muerto de improviso —cuando vivía luminosamente el sexto decenio de una existencia productiva— sufridor de una afección, de la terrible metabolopatía de los glúcidos, que él perquisara como neurólogo y como neuropsiquiatra.

Todavía bulle en mi mente el trabajo que desarrollara en la «V Reunión Bianual» de esta Sociedad de Neurología. Fui uno de los que le convenció más para estudiar las complicaciones nerviosas de la diabetes mellitus. Y temí siempre un final catastrófico de la enfermedad, de la dolencia, que apenas cuidaba en aras de un movimiento y

productividad, de un enamorado de la pedagogía universitaria y libre, de un investigador contumaz y silencioso, de un médico que ejerce la buena función sacerdotal y de un padre cariñoso de hijos que le reverenciaban.

Le conocí junto al que le tutelaba y quería sobremanera, el llorado José Sanchis Banús, en el momento de celebrarse la «II Reunión anual de la Asociación española de Neuropsiquiatras» (Madrid): 1927. A partir de esa, no falló en casi ninguna de las demás, me reemplazó en el cargo de Secretario General y fue más tarde, en la postguerra civil, Presidente.

La «Sociedad Española de Neurología» tuvo su mejor respaldo desde que se creó (Barcelona, 1949). Y asumió la presidencia de la misma

(*) Trabajo leído en la Reunión Conjunta de la «Société Française de Neurologie» y de la «Sociedad Española de Neurología», celebrada en Barcelona (Real Academia de Medicina): 21-23 de septiembre de 1967.

con evidente tino, al finalizar el primer decenio de una trayectoria fúlgida y más bien intranquila.

En otras Asociaciones y Sociedades nacionales, del Estado o privadas, especializadas (Neurología y Psiquiatría) o médico-generales, ha colaborado también de una forma óptima. La Liga de Higiene Mental, por ejemplo, le debe grandes y redituables actividades de su parte.

Mas hablemos —ordenada, separada y trascendentemente— de su filiación, de su notable carrera liberal, de su profesorado, de sus investigaciones, de sus magnas dotes culturales, de su patriotismo y de su humanidad.

En el espacio o dintorno facultativo, el profesor R. Alberca Lorente obró —de consuno— en sentido de verdadero neurohistólogo, de neurólogo clínico, de neuropsiquiatra y de psiquiatra. Cultivó la profesión, se hizo maestro y no dejó de lado la investigación científica.

Alberca Senior (o padre «internos») nació en Alcázar de San Juan (provincia de Ciudad Real), el 30-IX-1903. De raigambre genuinamente manchega, pícnico, sintónico, su inteligencia, su bondad, su verbo arrollador, su estimación más legítima conquistaban a afligidos y a galenos.

Perennemente dinámico, razonable y justo transmitió a sus maestros, discípulos y amigos seguridad en las obras, propósitos y quimeras

Deudo espiritual —por sinécdoque— de Banús un levantino de firmes y pujantes conocimientos y no menor actividad, generoso, recibió de él un caudal de lecciones y quehaceres que le sirvieron de eterno norte para el futuro total de sus días

Fue alumno honorable de la Facultad de Medicina de Madrid. Ganó el Premio Extraordinario de la Licenciatura (1925). Logró asimismo el Premio Extraordinario del Doctorado (1927)

Ya en los tiempos de estudiante, acudía normalmente al Servicio de Psiquiatría y Neurología de Sanchis-Banús (Hospital Provincial) y al Laboratorio de Histopatología del profesor Pío del Río-Hortega (Junta para ampliación de Estudios e Investigaciones científicas).

Más de un año trabajó —luego— con el profesor Constantino Levaditi, en su laboratorio del Instituto Pasteur de París, pensionado por la Junta mencionada, de gloriosa crónica.

En 1928 saca, por oposición, muy destacada, la plaza de Director del Manicomio provincial de Murcia.

Tras brillantísimas oposiciones, de colosal pedagogo, alcanza el nombramiento de Catedrático de Psiquiatría de la Universidad de Salamanca (1950). Poco después (1950) es enviado, para regentar la misma cátedra, a la Universidad de Valencia.

Importa, ergo, recalcar que figura como educando muy aventajado

de Pío del Río-Hortega, José San-
chís Banús y Constantino Leva-
diti.

Domiciliado en Murcia, como no-
vel y harto prometedor especialis-
ta neuropsiquiatra, triunfa de lleno
en la carrera liberal que tanto nos
sojuzgó a los viejos de media cen-
turia lejos.

Atiende a más y más pacientes,
directamente o consultado, y su
nombre, su figura y rostro simpá-
ticos y encantadores y su gran sa-
piencia de clínico, recorren, se pa-
sean, se dejan ver y merecen una
suprema confianza en toda la zona
geográfica —más bien aumenta-
da— de las provincias que circun-
dan su hogar y su puesto asisten-
cial de ejercicio psiquiátrico.

En Valencia últimamente, el ga-
binete clínico privado tuvo igual
conurrencia que el de Murcia, que
nunca llegó a abandonar pese a los
reiterados intentos que mantuvo
valientemente.

Madrid y bastantes capitales y
poblaciones del territorio patrio so-
licitaron de él frecuentes desplaza-
mientos de marca y efectos tan só-
lo profesionales, sea a la cabecera
del enfermo, sea como perito fo-
rense.

Su muy excelsa calidad de puro
«santón» no se olvidará presto en
las tierras del antiguo Reino de
Murcia y sus lindes.

Consejero nato de familias, goza-
ba de un crédito temible en la so-
lución de problemas humanos y los
inherentes a la administración sa-

nitaria, la cultura, el deporte y la
transformación de la huerta, que
le retenía egoísta y harto paladina-
mente.

Murciano de adopción, muy suje-
to a la gleba, no supo «cortar»
oportunamente una sobrecarga de
labor clínica lucida y de tensión
emotiva, más que agotadoras y de-
bilitantes.

La función de asistencia públi-
ca, en el hospital psiquiátrico, la
cumplió perfectamente, sin inac-
ción. Los diagnósticos se amolda-
ban a los específicos de los cen-
tros universitarios y la terapéuti-
ca —general y aplicada— facilita-
ba sendos restablecimientos y me-
jorías.

Después, su gestión en el Patro-
nato Nacional de Asistencia Psi-
quiátrica, le obligaba a viajar a
Madrid y a exponer propuestas que
repercutían felizmente en la salud
mental de los ciudadanos.

La organización vigente del es-
tablecimiento nosocomial frenopá-
tico de Murcia la juzgo modelo sin
la roncería de los frívolos de acti-
tud y de integridad, ponzoña de
más de un lugar.

El archivo de historiales y de
documentos merece una exégesis
sincera, la ordenación del inmueble
también y el movimiento de bajas
y altas —por cuidados, tratamien-
tos y normas sociales— parecida-
mente.

Ahora bien, se va a edificar un
notable conjunto hospitalario
—preferible al vigente— gracias

al impulso que mantuvo durante años en la tutela higio-curativa-social de los desvalidos del equilibrio incorpóreo más sagrado, un Director, el prohombre Román Alberca.

Secundado por colaboradores y educandos (relevante plantel de psiquiatras maduros y jóvenes), en Murcia se hizo maestro, investigó anatomoclínicamente y desarrolló una vasta actividad cultural.

Pero el ocio y el reposo no los guardó nunca. Ignoraba lo que era asueto.

Llegó en 1948 al cargo de Decano del Cuerpo Médico de la Beneficencia provincial. Se le otorgó, seguidamente (1955), la Medalla de Plata de la Diputación local. Y en 1959 ingresaba (categoría Gran Cruz) en la Orden civil de Sanidad.

La disciplina de Psiquiatría ha sido explicada, siempre, con auténtica tendencia clínica, práctica. En la Escuela para post-graduados, aneja a la cátedra, empezaba a formar numerosos psiquiatras profesionales (con título oficial).

El grupo de auxiliares y de ayudantes de su departamento universitario de Valencia ha realizado una tarea culminante y eficaz. Entre los profesores españoles de la materia ha conseguido subrayar mucho sus dotes de histólogo y policlínico. La ocasión le había desviado de tomar en sus manos, muy gallardamente, una cátedra de Histología y Anatomía patológica.

Los trabajos científicos que ha inspirado o ha preparado directamente en la Facultad de Medicina, son variados y muy notorios.

La patopsicología del espacio fue el tema —continuamente analizado por él— de su lección inaugural de cátedra. El estudio de los defectos congénitos del intelecto (elementos bioquímicos y cromosómicos, más singularmente); de las personalidades psicopáticas y su ascendencia en la delincuencia (valoración de la lacra y profilaxis penal); de las psicosis o demencias (funcionales o de las calificadas de somáticas), sean infantiles, esquizofrénicas, paranoides, del círculo maniaco-depresivo, infecciosas, tróficas, etc.; y de las psiconeurosis (histéricas, obsesivas, de renta, etcétera), lo reputamos sumamente objetivo.

El enlace de la Neurología y de la Psiquiatría le sedujo mucho en sus lucubraciones teóricas y positivistas. Es más, la vertiente neurológica de la ciencia psiquiátrica halló en nuestro fecundo maestro —no obstante la ubicuidad que mostraba— un sagaz y virtuoso guía.

El trastorno mental ante el Código y las peritaciones médico-forenses de los delitos captaron, en último lugar, su fuerza de especulación y de hombre de bien, de un enamorado de la conducta moral.

Insistamos, pues, en opinar que Director de Manicomio y Catedrático de Medicina procuró muchos

conocimientos, hace pocos años, sobre las oligofrenias, personalidades psicopáticas y genuinas psicosis. Lo forense también le atrajo por su carácter humano y su idoneidad técnica de «experto».

En el campo de la investigación anatómica o subsidiaria del diagnóstico y tratamiento de males, defendió una producción valdadera y lógica.

Su Tesis doctoral acerca de «Estudio histopatológico de la Encefalitis experimental», que la Real Academia Nacional de Medicina galardonó con el Premio Rodríguez-Abaytúa, representa un hito gnómico.

Los filamentos epidérmicos de Herxheimer, las células de Horte-ga en las ectodermosis neurotro-pas, la microglia en las heridas de la medula del conejo, la histogéne-sis y la regeneración de las lesiones del virus aftoso, la neuropro-baxia de los ultravirus, la histopa-tología de la elefantiasis nostras, etcétera, son fundamentos neuro-histopatológicos de monta, útiles.

Las encefalitis no bacterianas (o víricas) fueron objeto cardinal de múltiples trabajos (encefalitis epi-démica, encefalomielitis disemina-das agudas, síndrome de Guillain-Barré, poliomieltis y meningitis linfocitarias). Las neuronitis o neuritis centrales y del todo ge-néricamente la infección no supu-rada del sistema nervioso, entre-tuvieron su depurado espíritu de clínico psicósomático.

El proceso meningoencefalítico tuberculoso, las meningitis bacte-rianas y mixtas, la triquinosis, las encefalomielitis secundarias (ferí-nica, tífica, etc.) y la neurosífilis, sostuvieron asimismo su natural disposición de investigador y de médico práctico.

La epidemiología de las neuraxi-tis en España constituye una tras-cendente aportación geográfico-neurológica.

Los síndromes neurológicos de la diabetes, las encimopatías y los trastornos hidroelectrolíticos que detentan bastantes enfermos ner-viosos, le han preocupado de la mis-ma manera.

El conjunto de fenómenos de tra-za pseudotumoral del encéfalo, han absorbido sin cesar su perspicaz brío diagnóstico.

La moderna neuropsicología re-veló en él un válido y lejano adepto y, por extensión, la clásica neu-ropsiquiatría: demencias atroficas, preseniles y seniles, bases neuroló-gicas de la emoción, etc.

Digamos, de nuevo, que a las en-cefalitis no bacterianas consagró provechosos trabajos anatómicos y clínicos. Sus investigaciones sobre neuraxitis ectotropas trasuntan un avance muy cierto en los dominios de la neurohistopatología y de la praxis neurológica. Aparte de que las metabopatías y la involución de signo nervioso le deban activi-dades originales.

La parafrenia fantástica, las re-acciones y las situaciones paranoi-

des y el síndrome de Sanchis-Banús (reacciones paranoides de los ciegos) marcaron otra senda —la psiquiátrica— de sus buenas indagatorias.

Los hechos y la perspectiva cultural de nuestro querido amigo descollaron de veras en el marco nacional e internacional.

Apoyó la celebración de todas —excepto la primera (Barcelona, 1926)— cuantas Reuniones proyectó la «Asociación española de Neuropsiquiatras», en las que redactó ponencias y comunicaciones.

Tomó parte en el grupo completo de las Reuniones bianuales y en muchas de las Sesiones anuales de la «Sociedad Española de Neurología», en las que —de igual modo— desarrolló ponencias y comunicaciones.

Por lo demás, la «Sociedad de Neuropsiquiatría Infantil», la «Sociedad Española de Psiquiatría» y la «Sociedad de Neurología, Neurocirugía y Psiquiatría de Madrid» consiguieron, más esporádicamente que las anteriores, trabajos o intervenciones suyas.

La «Société de Neurologie de Paris» (hoy Société française de Neurologie) le brindó la defensa de una ponencia asignada a Río-Hortega.

En la serie de Congresos Internacionales de Neurología (París, Lisboa, Roma y Viena) trató de neuraxitis. Y en la otra serie de Congresos mundiales de Psiquiatría (París, Zurich y Madrid) examinó el problema de las demencias

atróficas, del síndrome de Sanchis-Banús y de las psicosis infantiles.

Alguno de los Congresos internacionales de Psicoterapia (Barcelona y Viena) y una Reunión internacional de la Liga de Higiene Mental (París) registraron su presencia diligente y una acertada mediación científica.

La «Real Academia de Medicina de Murcia» y la «Sociedad de Medicina y Cirugía de Levante» (reuniones periódicas) fueron lugar normal de conferencias suyas. El discurso de ingreso en la Academia versó sobre «Tarea y rumbos de la Psiquiatría» (abril de 1951).

Un curso monográfico de 10 lecciones, en el que glosó los problemas limítrofes de la Neurología y de la Psiquiatría, lo explanó en la sede del Instituto Neurológico Municipal de Barcelona (enero de 1942); y un sin fin de lecciones y de conferencias tuvieron por escenario más de 15 poblaciones nuestras y dos de Italia.

Publicó un fundamental libro («Neuraxitis ectotropas», 1942), y escribió capítulos en dos (Tratado de Patología Médica del Prof. M. Bañuelos y Lecciones de Geriátrica del Prof. M. Beltrán Báguena). Prólogos y epílogos salidos de su pluma figuran en las ediciones de varias obras (v. gr., la traducción del Manual de Diagnóstico neurológico de R. Bing). Y en grandes opúsculos o fascículos de revista —homenaje a los maestros P. del Río-Hortega, N. Achúcarro, J. San-

chis-Banús y G. R. Lafora— ha dado a conocer otros trabajos. Para terminar, contestó algunos discursos de recepción de Académicos Numerarios, entre ellos el de Luis Valenciano.

Ocupó brillante y muy dignamente la presidencia de Sociedades (la nuestra, como advertimos) y se le nombró miembro extranjero de vuestra Corporación francesa especializada y de la «Royal Society of Medicine» (Londres).

Al fallecer, era Presidente de la Real Academia de Medicina y estaba a punto de desplazarse —invitado— a Venezuela.

Quiero machacar que dirigió al caso la primitiva Asociación de Neuropsiquiatras y la más neófita Neurológica y que contribuyó a organizar los Congresos de Neurología de la Federación de Sociedades.

El formidable movimiento de expansión cultural que alentó ha correspondido de plano a su sabiduría, a su tenacidad y a sus inigualables dotes de polemista, de desenvoltura y de agudeza.

Aldama Truchuelo (en Madrid), L. Valenciano (padre e hijo), Sabater Sanz, Muñoz Martínez, Román Moreno y Vera Padilla (en Murcia) y Amat Aguirre y D. Barcia Salorio (en Valencia), con un elenco de más recientes graduados, le han prestado una seguida cooperación asistencial, docente y cien-

tífica. Su hijo (Román Alberca-Serrano) es ya una promesa como neurólogo integral.

El suelo patrio le estilizó una ruta, que jamás abandonó, ni tan sólo en la guerra civil. Ciudadano ardiente quiso para España un crédito sustancial allende las fronteras. Residir en el extranjero no le cegó. Jamás sostuvo lo anodino, lo baladí o lo ligero. Y aborrecía el énfasis de los vacuos turbulentos.

Sempiternamente predicó con la acción de lo óptimo o más estoico.

La humanidad, ternura y abnegación del colega eran patentes. Simpático, natural y delicado procuró finiquitar las pugnas y borrar los errores de los tiempos aciagos. Su pericia, bienquerencia y moral, en la postguerra, zanjó el rencor odioso o exotérico de algunos triunfantes.

Le debemos varios, la más sincera e iterativa consideración yuxtapuesta. Y «Archivos de Neurobiología» su llana prosecución editorial.

No descuidó comentar —en su faceta médico-psicológica— las Bellas Artes, sobremanera la pintura. Era titular de la Academia de Alfonso X de Murcia.

Los escolares loaban su talento y le querían mucho, a la par que sus compañeros y sus deudos.

Que la esposa e hijos reciban el pésame y la fidelidad de unos socios entristecidos.